

POR LA CALLE DEL PUENTE

Ernesto Groppo R.

Caminaba a contracorriente por la empedrada calle, mientras esquivaba a la gente que parecía querer obligarla a cambiar de rumbo y adoptar el sentido de la mayoría. Ella no iba con la mayoría. Ella era más inteligente que ellos. Inteligente pese a que había perdido todo el dinero de Morton. Pero no había sido su culpa. Ella nunca tenía la culpa de nada. Pero Morton no lo creía así, de eso estaba segura. Hizo un alto en la esquina, aprovechando el semáforo en rojo y se apretó aún más el cinturón del abrigo. El anochecer la había alcanzado en su caminata y la tarde gris invernal se estaba ensombreciendo angustiosamente a un tono gris pizarra. Morton había sonado muy risueño por el teléfono y ella sabía que esas no podían ser buenas noticias. Se llevó las manos a los bolsillos buscando consuelo y sintió sus cigarros. Abrió la cajetilla y justo cuando escogía uno, cambió la luz. Al sentirse nuevamente agredida por la congelada masa humana que venía hacia ella, cruzó la calle y se apoyó contra un muro para poder prender el impaciente cigarrillo que llevaba entre sus dedos. En el momento de buscar el encendedor, levantó la vista y notó que entre las cabezas sin rostro sobresalía una pétrea y familiar figura esperando su turno para cruzar la avenida. Era Morton.

Morton. El cigarro cayó al piso. ¿Cómo pudo ser? Entonces no estaba donde el italiano como le había dicho por teléfono. Estaba mucho más cerca. La estaba siguiendo y ahora estaba claro que había decidido dejarse ver. Ella sabía que parte del juego de Morton era infundir miedo, divertirse un rato y de paso ir aniquilando mentalmente a su objetivo. El querría que ella le devuelva el dinero, dinero que ella ya no tenía. Instintivamente dio media vuelta y comenzó a caminar con prisa. ¿De verdad estaría siguiéndola? ¿sería tal vez una coincidencia? ¿era Morton realmente o el miedo la estaba haciendo ver rostros en rocas? Quiso voltear para cerciorarse y se dio cuenta que no podía. El pánico se estaba apoderando de ella y sus sentidos se habían concentrado en darle velocidad a su ansioso paso, por lo que cualquier otro intento de acción o reacción quedaban temporalmente fuera de opción. Sin embargo, exteriormente no aparentaba más allá de ser una mujer con un leve apuro. Ella odiaba demostrar debilidad ante extraños. La muchedumbre de la hora le impedía avanzar con rapidez por lo que empezó a desviarse por las calles alternas. Al dejar atrás la avenida principal y a la multitud, pudo por fin sobreponerse al temor. Volteó a mirar. Y vio a Morton.

Se quedó estática por un instante. ¿Qué hacer? Siguió las siluetas de los altos edificios que parecían delimitar su ruta. Vio un café abierto lleno de gente y pensó en entrar, pero se detuvo. No parecía buena idea. Todos voltearían a mirarla y se notaría el miedo en su expresión. Mejor seguiría andando y buscaría un taxi, aún a sabiendas de que a esa hora y por esas calles, no encontraría uno fácilmente. Pasó una pareja a su lado y quiso refugiarse con ellos, inventarles un nombre, fingir que eran unos amigos, de esos que uno pierde de vista con el tiempo, pero altaneramente se deslizó por un costado sin mirarlos siquiera. ¿Morton seguiría detrás? Pasó un taxi e inmediatamente estiró el brazo. Ocupado. Siguió adelante, cambió de acera. Morton la estaba llevando hacia donde él quería, era parte de su juego. Y su juego la conducía hacia la subida del puente. Una vez allí, no podría continuar, estaría cercada, sin salida. Y tendría que pagar la deuda.

Comenzó a sentir la fina llovizna humedeciendo sus afiebrados pómulos. Llegó a la esquina, miró a ambos lados. Nada. Ni un taxi, ni una persona, ni un café abierto. Nada. Sólo Morton detrás de ella. Cruzó, con paso apresurado. No quería correr. No quería voltear. La noche había caído finalmente. No veía por donde andaba. No sabía ni siquiera si andaba. Sus pies habían adquirido vida propia. No respondían a su

mente. Ella quería detenerse, enfrentar a Morton. Terminar con todo, pero no podía más que seguir su camino. Una intuición primaria le obligaba a continuar. La caída de la llovizna le abofeteaba la cara con furia. El aire de la noche temprana retumbaba en sus oídos como estática en un televisor antiguo. La ciudad se había cerrado delante de sus ojos. Solo veía el piso debajo de sus pies. A su costado paredes, piedras. Las ventanas, si las había, no eran distinguibles. No había pasado, no había futuro. Solo existía su siguiente paso. Y otro más. Y otro. Y el puente muy cerca por delante. Y Morton.

Y un alarido. Un alarido desgarrador que la arrancó de su pavoroso trance. Se detuvo al segundo. Como en un milagro, miró sin ver y dio un salto hacia atrás. Felizmente el automóvil frenó a tiempo. Ella se hizo a un lado. Miró. Era amarillo. ¡Era un taxi! Cuando tomo conciencia de lo que había hecho, ya se encontraba dentro de él. Dio una dirección, aunque no estaba del todo segura cuál exactamente. Aliviada, miró hacia atrás por la ventanilla. No veía a Morton por ninguna parte. Por las dudas le dijo al taxista que tome la ruta del puente. Morton no podría seguirla. Recobró la compostura y con la voz más serena que pudo, preguntó al taxista si podía encender un cigarrillo. Acto seguido, se lo llevó a los labios aún temblorosos y aspiró largamente el humo. Se recostó en el asiento y se dedicó a observar qué caprichosos contornos formaban a esa hora las luces de la ciudad.